

La polémica en torno a las Cartas Americanas (1889) de Juan Valera

MARTA CRISTINA CARBONELL

En el mes de febrero de 1888, las páginas de *El Imparcial* acogían la primera de las *Cartas sobre literatura de la América española* con que don Juan Valera esperaba contribuir a la necesaria tarea de “escribir la historia literaria de las Españas en el siglo presente”. Desde entonces, y hasta el mes de diciembre, se sucederán las colaboraciones que habrán de integrar, al año siguiente, el volumen de la primera serie de *Cartas Americanas*. Cartas surgidas premiosamente de la pluma del escritor cordobés a lo largo de aquel año —“¿yo escribo de prisa las Cartas y sin consultar libros?”, le confesaba en septiembre de 1888 a Marcelino Menéndez Pelayo, quien le

advertía de ciertos errores de documentación, lamentando asimismo el desorden temático que las Cartas presentaban—, y en cuya génesis se alza la voluntad de ponderar esa “unidad de civilización que la falta de unidad política no ha destruido”, voluntad vertebradora de un discurso que Valera reconocía disperso y fragmentario en la “Carta Prólogo” a Cánovas del Castillo que abre el volumen de 1889: “Mis cartas carecen de verdadera unidad. Son un conato de dar a conocer pequeñísima parte de tan extenso asunto. Las dirijo a autores que me han enviado sus libros. No son obra completa, sino muestra de lo que he de seguir escribiendo, si el público no me falta. Como noticias y juicios aislados, sólo podrán ser un día un documento más para escribir la historia literaria de las Españas en el siglo presente. Porque las literaturas de Méjico, Colombia, Chile, Perú y demás repúblicas, si bien se conciben separadas, no cobran unidad superior y no son literatura general hispano-americana, sino en virtud de un lazo, para cuya formación es menester contar con la metrópoli”.

Con la exigencia, más prosaica y menos confesable, de la angustia económica: Reintegrado a la vida madrileña en diciembre de 1887 tras desempeñar durante poco más de año y medio el cargo de agregado de la embajada de España en Bruselas, Valera se enfrenta a la perspectiva de su recurrente impecuniosidad, pues sus deseos de “aprovechar en literaturas y filosofías los años de la vejez, y desistir de la diplomacia, para lo que carezco de vocación y de la que estoy tifo”, según afirmaba en carta a Menéndez Pelayo pocos días antes de emprender el viaje de regreso a España, hubieron de redundar en una incómoda provisionalidad material que las **Cartas Americanas** contribuirían a paliar. Así, el epistolario intercambiado con su mujer, pródigo en reproches y lamentos por las habituales estrecheces económicas, perfilará una gestación de las **Cartas** sometida al dictado de la necesidad e incluso de la urgencia, esa urgencia que reconocía ante Menéndez Pelayo, comprometiéndose a subsanar los defectos que de ello se derivasen en su posterior edición en forma de libro. Este imperativo, que le conducirá en ocasiones a rellenar prolijas cartas donde el tema propuesto quedará inconcluso, o simplemente apuntado, asegurando de este modo la necesaria continuidad de su quehacer a través de las constantes promesas de proseguir, en próximas entregas, las reflexiones iniciadas, será junto con el conocimiento del éxito y la proyección que sus **Cartas** adquieren rápidamente en los países de la América que nunca quiso llamar Latina, donde su reproducción en los periódicos propicia amplio y prolongado diálogo —periodístico y epistolar— con su autor, estímulo para la prosecución de una tarea que en la primavera de 1889, con la publicación del volumen que recoge la primera serie de **Cartas Americanas**, tendrá en España una acogida más matizada que la dispensada en Ultramar. A ella queremos dedicar estas breves páginas, que no tienen voluntad exhaustiva, sino que se proponen ilustrar parcialmente el sesgo polémico que acompañó la recepción de unos escritos que marcan el inicio de una dedicación, continuada en las recopilaciones de **Nuevas Cartas Americanas** (1900) y **Ecos Argentinos** (1901), que habría de valerle al autor de **Pepita Jiménez** los calificativos con que Antonio Rubió i Lluch —a quien Rubén saludaba como “el Menéndez Pelayo de Cataluña” desde las páginas de **España Contemporánea**— daba inicio a los “Comentarios sobre las **Cartas Americanas**” que publicaría en enero de 1890 en el diario bogotano **El Correo de las Aldeas**, en forma de cartas dirigidas a su fundador, el periodista y poeta José Joaquín Ortiz: “Valera es hoy el primero y mas entusiasta americanista de España. Hay, sin duda, en este

suelo quienes cuentan con más antigüedad de servicios en esta campaña de fraternidad; otros quizá conocen más hondamente la historia política y literaria de las naciones hispanoamericanas [...] pero creo también que todos estarán conformes en que desde el momento en que aquel amenísimo escritor entró por el campo del americanismo, se hizo dueño de él, y con él cosechó más ruidosos triunfos que sus antecesores o contemporáneos”.

Tarea que no hubo de ser siempre juzgada e interpretada desde la óptica académica y erudita de que hace gala Rubió, cuyos comentarios se asientan en un conocimiento de la materia tratada que le permite apostillar críticamente esta que denomina excelente “obra de vulgarización”, añadiendo o enmendando datos sin querer llegar a “la severidad de un crítico implacable, funciones que no me gusta desempeñar y que cedo de mil amores a Clarín, mi antiguo colega en la Universidad ovetense”. No fueron tontos, ciertamente, los que pudieron rastrear inexactitudes en estas primeras **Cartas Americanas**, cuya materia demostrará Rubió, así como desde luego su condiscípulo Menéndez Pelayo —preparando por entonces sus introducciones a la **Antología de poetas hispanoamericanos**— o Ramón Domingo Perís, conocer bien, y, en cualquier caso, no fueron los errores de documentación lo que les otorgara en España una cierta resonancia polémica, sino los extremos a que conduce a Valera la intención que sentaba claramente en la carta-dedicatoria que abre el volumen: “Apenas hay libro que se escriba y se publique en América, que no nos le envíe el autor a los que en España nos dedicamos a escribir para el público. Yo, desde hace seis o siete años, recibo muchos de estos libros, pocos de los cuales entran aún en el comercio de librería, aquí desgraciadamente inactivo. Cualquiera que procure darlos a conocer, creo yo que presta un servicio a las letras, y contribuye a la confirmación de la idea de unidad, que persiste a pesar de la división política”.

El patente deseo de Valera de enfatizar los valores de la cultura española a que presta servicio esta insistencia en la unidad de civilización y lengua entre la metrópoli y las antiguas colonias, repetidamente exaltada al correr de las páginas, cristalizará, en las secciones dedicadas a la Poesía Argentina, con largas páginas dedicadas a Rafael Obligado y Olegario Andrade; **El Parnaso Colombiano**, recorriendo la voluminosa compilación de Julio Añez; y **El teatro en Chile**, comentando la obra póstuma de Amunátegui, en una valoración en extremo benévola de algunos poetas que será objeto de severa censura y malicioso comentario, al que son arrebatadas en ocasiones las meritorias páginas dedicadas al **Azul...** de Rubén Darío, poeta por entonces desconocido en la Península, sin duda el mayor valor que cabe hoy reconocer en estas primeras **Cartas Americanas**. Al margen de la polémica quedarán, en buena medida, las dos secciones restantes, **Sobre Víctor Hugo** y **El perfeccionismo absoluto**, dedicado a la crítica de la obra del mismo título de Jesús Ceballos Dosamantes, y que serán, sin embargo, objeto de consideración crítica en atención al humorismo y la ironía que respiran. Es, en cierto modo, la singular personalidad y el talante de Valera quien presta notoriedad crítica a unas **Cartas Americanas** que llevan su impronta en cada una de sus páginas, y que pondrán de nuevo sobre el tapete las consecuencias de su panfilismo. La publicación de las **Cartas Americanas** halló rápido eco en la pluma de quien el propio Valera juzgaba como “el más discreto, inteligente y ameno de nuestros críticos de hoy que se ocupan en hablar de los autores contemporáneos”,

Leopoldo Alas, quien el 30 de mayo de 1889 daba cuenta, desde las páginas de *La Publicidad*, de la aparición del volumen, que “merece, por el nombre de su autor y por el asunto a que está dedicado, atención singular y algunas consideraciones”. Consideraciones que se prologarán en el “Palique” que dos días después, el 1 de junio, y bajo el epígrafe “Cosas de América”, verá la luz en *Madrid Cómico*. Ambos artículos, si bien se inician saludando la feliz iniciativa de Valera de alimentar y propagar las relaciones literarias intercontinentales (“Hay tanto majadero [...] que se meten donde no les llaman, y por hacer ruido se dedican a sudar continentes y prescindir de océanos, y darse tono, con un pie en los Andes y otro en el Pirineo, y otro [...] bueno, sin más pies, pero en fin, sin pies ni cabeza, que cada vez que un hombre serio y de veras ilustrado toma cartas en el asunto de estrechar relaciones entre América y España, hay que recibirlo en triunfo y apuntar en la memoria lo que dice”), discurren, sin embargo, por cauces distintos, en tono y contenido, articulándose respectivamente sobre los dos aspectos que vertebrarán la acogida dispensada a las **Cartas Americanas**: el humorismo y la ironía que impregnan sus páginas, y el escaso rigor crítico que preside una obra que Rubió i Lluch entendía de “eficaz propaganda americanista” gracias, precisamente, a la conjunción de estos dos rasgos en el crisol de un estilo personalísimo. En la *Revista Mínima* del 30 de mayo donde “Clarín” destaca, ante todo y en primer lugar, el genuino humorismo que destilan las **Cartas Americanas**, dando comienzo a sus consideraciones con la advertencia de que “en estas Cartas, obra de propaganda, de vulgarización, Valera encuentra un expediente ingeniosísimo para no prescindir de su carácter de humorista verdadero —no por clasificación— y ser cuando hace falta sencillo cronista, llano erudito que parece proponerse ante todo lo que se llama ahora la información. Consiste el artificio en la habilidosa narración o descripción de lo nimio, de lo ridículo o extravagante con una especie de cándida seriedad, una duda fingida en la que parece que el autor está nada más a la altura de lo expuesto o descrito, siendo así que está cien codos más alto, pero sin desprestigiar por esto la materia en que se ocupa, antes perdonando, por razones de gran filosofía, la pequeñez que ve bien clara, y limitando la chanza que lo cómico de la contemplación le sugiere a esa misma maliciosa candidez de la narración o descripción, en la cual está seguro de encontrar, ante el que sepa leer, el efecto de un contraste”.

Este carácter de “humorista verdadero”, que “Clarín” observa muy especialmente en las cartas dedicadas a reseñar **El perfeccionamiento absoluto de Ceballos Dosemantes** —cartas que acabaron por suscitar en algunos la duda de ser el mencionado Ceballos una pura invención de Valera, sostenida con la finalidad de ejercitarse libremente en el arte de la burla—, había sido destacado con anterioridad por el autor de *La Regenta* al ocuparse del quehacer crítico y novelesco del cordobés, advirtiendo tempranamente, en sus primeras andanzas críticas en las páginas de *El Solfeo*, este fundamental rasgo de la estética de Valera: “gran desfacedor de filosofías de munición, saludísimo humorista que con una asombrosa erudición hace polvo las teorías comprendentes o improvisadas, las grandes síntesis de mazapán”, humorismo que no tardaría en emparentar con el idealismo alemán, en la medida que, a diferencia del humorismo genuinamente español, satírico y burlón, pero no escéptico, se asienta profundamente en el “contraste entre la aspiración ideal y el ruin resultado en que a veces se quedan las cosas de la vida”, prolongándose en ese contraste entre el fondo y la forma, entre “maneras” y “doctrinas”, en que veía complacerse a Valera,

exigiendo así de un permanente “pensar y leer entre líneas” al que ahora, ante las **Cartas Americanas**, convidaba a todo aquel que “supiese leer”. Este importantísimo aspecto, que había de fundamentar en gran medida el sucesivo asedio que Leopoldo Alas realizara, al compás de su propia evolución, a la producción crítica y novelesca del autor de **Pepita Jimenez**, sería también advertido, desde las páginas de **La España Moderna**, por quien fuera fundador y director de **El solfeo** y **La Unión**, Antonio Sánchez Pérez, quien, al reseñar en agosto de ese mismo año la primera serie de **Cartas americanas**, hacía radicar lo que de mejor había en ellas en el “diablillo crítico” por el que Valera se declaraba poseído en la primera carta que dedica a las poesías de Olegario Andrade —el poeta que no dudó en colocar a la altura de los “sublimes didácticos” Schiller, Manzoni, Quintana y Víctor Hugo—, “diablillo” que, según Valera, “no consiente que diga yo cuando escribo aquello que quiero decir, sino aquello que él quiere que yo diga; y lo más que logro a veces, y esto es peor, es decir, lo que él quiere y lo que yo quiero; de donde resulta, en algo como diálogo, más que discurso, una verdadera sarta o ristra de antinomias, según las llaman ahora”. A esta facultad, apostillaba Sánchez Pérez, “debe el señor Valera lo que vale más en sus obras, lo mismo novelas primorosas que sus **Cartas Americanas**”, y añadía: “D. Juan Valera envuelve a veces su donaire en tupido manto de candorosa ingenuidad; cúbrele a veces con el antifaz de una socarronería sencillota [...] déjalo columbrar en ocasiones a través de una ironía fina y delicada [...] Valera es principalmente escritor satírico; pero escritor satírico de los de buena cepa [...] es un escritor satírico de guante blanco [...] Como satírico de invención y de gracejo, no le conozco rival entre nosotros, y acaso para buscar con quien establecer comparaciones necesitaría yo acordarme de algún humorista extranjero, como el inventor de los famosos Viajes de Gulliver”.

Así, y al igual que Leopoldo Alas, remitiéndose a la crítica de **El perfeccionismo absoluto**, y emparentándolo con “las demoleadoras ironías de Voltaire”, confesaba Sánchez Pérez que “no logro convencerme de que se ponga serio, y cuando más formalmente dice las cosas, es cuando más de verdad creo que está riéndose de ellas”. Así entendido, este omnipresente humorismo de Valera en sus **Cartas** sería sin embargo matizado por Ramón Domingo Pérez, quien dedicaría al año siguiente una larga y ponderada reseña a las **Cartas Americanas** desde las páginas de **La Vanguardia**, donde, tras señalar la base “diplomática” que alimenta buena parte de los juicios en ellas contenidos, afamaba que “a mi ver, se exagera bastante al decir que al señor Valera no debe creérsele nunca a pies juntinas, y que cuando él formula un elogio hay que pensar inmediatamente en la censura que anda por allí embozada [...] Nuestro gran escritor es indudable que dice en innumerables casos lo que ha pensado —¿cómo negarlo?— sólo que le ocurre una cosa peregrina, según él mismo confiesa, y es que lo pensado tiene en su cerebro dos caras como Jano”, e invocaba el “diablillo crítico” de Valera como fundamento de ese permanente “diálogo consigo mismo” que deja al lector “en batalla consigo mismo también, a fin de apaciguar y fijar luego todas las ideas que él nos ha despertado y que andan por nuestra cabeza perdidas y topando unas con otras como un enjambre revuelto”. Perís reconocerá el peso del “dilettantismo aristócrata” de Valera en el guiño irónico con que a través de la burla desgrana ante el lector las dudas que suscita su escepticismo elegante, y advertirá, en la parte dedicada a Víctor Hugo, la “espada de dos filos” que suelen ser sus opiniones, pero

contemplará sin embargo como “obra maestra de finísima ironía, que comienza por alegrar el ánimo y acaba por dejarlo penosamente impresionado” aquellas cartas que “Clarín” celebraba precisamente como exponente máximo de humorismo verdadero, lamentando en ellas un tono de burla irrespetuosa e indiscriminada que el crítico asturiano había negado en favor de su sano “escepticismo relativo”, ceñido en los límites de la chanza cortés y la gracia siempre razonada que, en su tolerancia, configuraba —son sus palabras— “una de las maneras más honradas y sinceras de discurrir que puede adoptar un hombre”. Ningún rastro de ese “humor que admira y daña a la vez”, en que, a su juicio, acaba desembocando en ocasiones el espíritu burlón de Valera, advertirá Perís en las cartas dedicadas a asuntos literarios, sino la manifestación extrema y desafortunada de su escepticismo elegante y refinado que, al conjurarse con el móvil de “un gran patriotismo” diplomático que estorba la imparcialidad crítica, acaba redundando en elogios excesivos, con el efecto contraproducente de levantar sospecha de insinceridad. Fue éste, sin duda, el aspecto más controvertido de las **Cartas americanas**, frente al que no tardaron en levantarse voces denunciando la inaudita benevolencia crítica de Valera para con los poetas hispanoamericanos, y la audacia de algunos de sus juicios, explicables sólo en razón de exceso de celo patriótico-diplomático —tal es la opinión de Perís— o, en las censuras más extremosas, por la pérdida absoluta de orientación en el gusto y el discernimiento crítico, de lo que pueden dar cuenta las implacables páginas que Antonio de Valbuena le dedicara, en su tono habitual, en **Ripios Ultramarinos**, refiriéndose precisamente a la crítica de **Azul...**, previa burla del absoluto mal gusto demostrado por Valera en sus consideraciones sobre los poetas argentinos: “Rubén Darío, en comparación del cual todos los malos poetas, por muy malos que sean, parecen buenos, o cuando menos regularcillos [...] hará cosa de 8 años publicó un librito de versos y prosa titulado **Azul...** y envió un ejemplar a nuestro eximio don Juan Valera. El cual D. Juan, en un exceso de benevolencia, o mejor dicho, en dos, de esos que suelen tener los ancianos, dedicó un par de aquellas **Cartas Americanas** soñolientas que publicaba en **El Imparcial** a encomiar y ensalzar la obra, diciendo tantas y tantas excelencias del azul folleto y del joven autor que, en América, las personas de más juicio creyeron que D. Juan hablaba con ironía, y que todo aquello era una sátira. Se equivocaban ciertamente los que tal creían. D. Juan Valera hablaba en aquellas cartas con seriedad, aunque sin razón, por supuesto”.

No podía Leopoldo Alas dejar de referirse a las parcialidades críticas de Valera en los dos artículos que dedicara a la aparición del volumen. Lo hacía ya en la “Revista Mínima” de **La Publicidad**, para distanciarse de aquellas opiniones “extremosas y extremadas” que juzgaban con dureza la “escandalosa” generosidad de Valera, y que se le aparecían tan exageradas como las del propio don Juan, aunque en sentido contrario; sin embargo, prefería reservarse la opinión al respecto, “aún no del todo fundada por falta de pruebas”, y cerraba la “Revista Mínima” apuntando la cuestión que abordaría, bajo la perspectiva propia del “Palique”, dos días después desde las páginas de **Madrid Cómico**: “Si no fuera que ya no tengo hoy sitio, me detendría a considerar una de las tesis ingeniosas que Valera mantiene contra el mismísimo Horacio: ‘En poesía no se puede tolerar lo mediano.’ ¿Por qué no?, pregunta Valera, y está graciosísimo defendiendo a los poetas mediocres. Se podría creer que defiende a muchos de los vates de quien suele hacerse lenguas, si no fuera

porque los tales no suelen llegar a medianos siquiera. Aunque no en todo lo que dice al caso, yo estoy conforme con algo de lo que opina Valera: los poetas medianos se pueden tolerar, ya lo creo. Pero ha de ser a condición de que no llamemos mediano a lo pésimo”.

Así, si sus consideraciones en las páginas de *La Publicidad* se encaminaban a ilustrar la eficacia y oportunidad del genuino humorismo de Valera cuando acertaba a resolverse en aquel “ingeniosísimo expediente” de que hacía gala su crítica de *El perfeccionismo absoluto*, o algunos pasajes de sus cartas sobre Victor Hugo, el “Palique” del 1 de junio abordará, como una ironía que no oculta el reproche, el distinto talante con que ese humorismo —arma de doble filo— se materializa en las cartas dedicadas a la poesía argentina o al Parnaso Colombiano, “grave inconveniente” en tanto que redundante en un inoportuno relativismo crítico: “Por el gusto de moler, Valera muchas veces se finge loco, como Hamlet, y sale diciendo que Narciso Campillo es un poeta como un jilguero, y Velarde tan risueño como un Petrarca. Y es que Valera es de esos críticos modernos, aunque no de los que lo confiesan, que opinan en punto a crítica que de gustos no hay nada escrito, aunque haya gustos que merecen palos; y así como Hamlet se burlaba de sus cortesanos haciéndoles creer que en las nubes veían la forma que a él se le antojaba que vieran, así Valera se ríe para sus adentros del cándido lector que, creyéndole bajo su palabra, va reconociendo notabilidades artísticas en éste o en el otro autor ramplón o poeta chirle. Aunque yo no sea partidario en absoluto de la crítica científica, en el sentido que ahora se le da, sí creo que hay ciertas leyes de la psicología del juicio estético y del gusto que no pueden ser desobedecidas, y por ellas se puede demostrar que hay contradicción, y tras ella un desengaño, entre comprender y sentir lo que Valera es capaz de sentir y comprender, y poner en los cuernos de la luna a ciertos escritores. Hay puntos en que, por rigurosa deducción cuasicientífica, Valera no puede engañarse ni engañarnos”.

Ésta es, a juicio de Leopoldo Alas, no la manifestación de aquel “otro” Valera sin sentido del gusto, benévolo en demasía por error de apreciación que algunos quisieron ver, sino todo lo contrario: genuina presencia del único Valera que el autor de *La Regenta* supo siempre captar en aquel rasgo clave de su estética que es el humorismo, del que advierte aquí su reverso desafortunado; aquel que, amparado en la comodidad de su “fingirse loco”, corre el riesgo de convertir lo que debiera ser provechoso discernimiento crítico en gratuita contribución a la causa de la mediocridad poética. Una causa que será precisamente objeto de sus reflexiones en la *Revista Literaria* que poco después, en enero de 1890, y desde las páginas de la *España Moderna*, dedicará a “La crítica y la poesía en España”, analizando las causas que concurren a la boga de los malos poetas en atención a dos “teorías” que, en algunos pasajes, vienen a reproducir los reproches que manifestara, unos meses antes, a Valera: “Varias teorías se han inventado, todas peregrinas, para defender la causa de los malos poetas. La primera que hoy quiero examinar consiste en hacer hincapié en el antiguo refrán, o lo que sea, que dice: ‘sobre gustos no hay disputas’, olvidando el otro, según el cual ‘hay gustos que merecen palos’ [...] Con este sistema se puede dejar contentos a muchos, pero se niega por completo el fundamento racional de la crítica [...] O sobra la crítica, o la crítica no puede hacer consistir su modestia en dar como una preocupación individual, aprensión subjetiva, las afirmaciones que le dictan el juicio y el gusto [...] La crítica moderna [...] ha de ser lo que en ella siempre fue esencial: un juicio de estética”.

Negación del fundamento racional de la crítica que llega a desembocar en las “exageraciones del seudodilettantismo crítico, de la crítica de sugestión, de la crítica subjetiva, de la crítica pintoresca y de la crítica impresionista”, en la estrechez, en definitiva, de un mal entendido “excepticismo estético” frente al que vendrá a recordar que “No muere la crítica, la crítica que juzga, que es toda bondad, entusiasmo para penetrar en el alma de las grandes obras, lo cual es también juzgarlas, pues tan juicio es un elogio como una condena, pero que por ley del gusto, al tratar de la producción baladí de los poetastros, tiene que ser severa, segura de que acierta en esto [...] Mentira me parece, lo declaro, que hombres a quienes sus gustos y ocupaciones llevan constantemente a la lectura de las grandes autores, de eminentes poetas y filósofos, cuando bajan a la calle a ver la literatura nacional de cada día, lleno aún el ánimo de las profundas, graves, escogidas preocupaciones que sus lecturas y reflexiones les dejan, tengan humor para fingir que les parece admirable la secreción misérrima de tantos vates ignorantes, insípidos, prosaicos, en suma; ni siquiera buenos retóricos, ni siquiera verdaderos amigos de la naturaleza, ni siquiera testigos fieles de la realidad, que ven y tocan y describen”.

Para añadir: “Otra de las teorías de que se ha echado mano para obligarnos a tolerar que haya docenas de poetas que deben leerse entre las que hoy en España quieren prosperar [...] consiste en oponerse a la opinión de Horacio, tantas veces repetida, admitida por muchos sin bastante reflexión, según la cual en poesía no puede admitirse lo mediano. En este punto no hay más remedio que hacer distingos. Por de pronto, lo más práctico aquí es atender a que por la puerta de lo mediano se nos quiere meter lo malo”.

Frente a su idea, siempre defendida, de la crítica como un juicio de valor, como juicio de arte, alejada tanto del puro impresionismo como del estéril cientifismo, las que considera deliberadas “diabluras de ingenio” de Valera, “grave inconveniente” de sus cartas, aparecen a los ojos de “Clarín” como aquel extremo de su humorismo que, malogrando en cierto modo la meritoria iniciativa de informar razonadamente de las letras hispanoamericanas, acaba dibujando, en algunas de las entregas, un panorama literario que, a su juicio, presta flaco favor a la voluntad que guiara los designios de su autor al emprender la redacción de las **Cartas Americanas**: “Si la unión con América ha de consistir, como suele consistir la amistad entre literatos, en el pacto tácito de estar alabándose mutuamente los de acá y los de allá, yo denuncio el tratado. Bastante tenemos con los becquerianos, y campoamorinos, y nuñezdearcinos de la tierra, de la madre patria, sin que tengamos que reconocer derechos de nación más favorecida a las bobadas que se le ocurran a cualquier sinsonte bajo el sol de los trópicos [...] Porque hay que fijarse en esto: la idea de Colón al descubrir tierra —yo al menos así lo he leído en una porción de odas— no sólo fue encontrar un paso para las Indias, etc., y doblar el imperio de la gloria de Isabel y Fernando, etc., sino propagar en nuevos territorios la fe de Cristo. Pero si él, persona formal, hubiera sabido que lo que iba a doblarse y centuplicarse era la poesía becqueriana, campoamorina, etc., y que en vez de un solo Velarde y un Grilo, y un Ferrari y un Cabestany, íbamos a tener Velardes en Méjico, Velardes en La Plata, Velardes en Venezuela, y Calcaños en todas las pampas y en todos los Andes... ¡rediós!, se hubiera dicho Colón, ahí queda eso; yo no descubro nada. Por eso le digo a don Juan, es claro que

con el mayor respeto, que hace mal en dar alas a esos cóndores de por allí, porque esas vulgaridades altisonantes que a ellos se les ocurren teníamos ya nosotros quien nos las dijera, sin necesidad de que nadie se molestara en ir a descubrirles a ellos, lo cual siempre es ocasión de sustos y disgustos. Por lo demás, es claro que me alegro de que Colón haya tenido aquel arranque, y de que la amistad entre españoles y americanos prospere. Pero ¿no podría prosperar en prosa?”

Asoma ya, en estas líneas de un Leopoldo Alas escéptico ante una América donde “se han descubierto hasta hoy muchas más frases que ideas” y donde “se canta más que se piensa y se siente”, la incompreensión que habrá de mostrar hacia un Rubén Darío que tiene en las páginas de estas **Cartas Americanas** su más temprana y meritoria carta de presentación en España, y, por extensión, su menosprecio por aquellos “colorines y trompetería” modernistas que no había de empañar sin embargo su reconocimiento de “las excelentes dotes de algunos de los notables poetas americanos”, así como la justa estimación de aquellos en quienes reconocía valores perdurables más allá del gorgojo de gorrión a la parisién. La insistencia de Valera en ponderar los logros de una poesía por lo general mal conocida en la metrópoli, y lo benévolo de algunos de sus juicios, interpretados comúnmente a la luz de su proverbial diplomacia, afirmada recurrentemente a golpe de énfasis patriótico, y que “Clarín” contempla agudamente como el reverso de ese “humorismo verdadero” cuya ambigüedad advierte y señala en aquellas cartas cuya materia precisaba de un ejercicio de crítica literaria, a la postre mucho más provechoso, no fueron del todo ajenos a cierta predisposición desdeñosa hacia la poesía hispanoamericana del fin de siglo, que esta primera serie de **Cartas Americanas** quería ayudar a difundir, y que cumplió plenamente sus objetivos en el afortunado caso de Rubén Darío. Valores éstos jamás negados, reconocidos unánimemente por quienes le dedicaron su atención crítica desde ópticas diversas, aunque en su lectura no pudieran sustraerse de sentirse atraídos hacia el sello particularísimo que Valera, “castellano y florentino” en palabras de Rubén, imprimiera siempre a sus escritos, también a estas **Cartas Americanas**.